

Homilías Jesucristo, Rey del Universo (Domingo 34)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, las autoridades y el pueblo hacían muecas a Jesús diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.»

Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo": Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: "Este es el rey de los judíos". Uno de los malhechores crucificado lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.» Pero el otro lo increpaba: «¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada.» Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.» Jesús le respondió: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso".

Palabra del Señor

Homilías

(A)

El rey mendigo

Quién no conoce el viejo cuento del Príncipe y el mendigo? ¿No os parece una linda parábola para describir la realeza de Jesús? Había un principito que un día salió solo a pasear por la calle, se encontró con otro joven que parecía una copia suya. ¿Nos parecemos, verdad? Sí, respondió el mendigo, pero mientras yo visto estos harapos usted viste sus galas y sus joyas y sus collares. Avergonzado el Príncipe le dice: pero podemos cambiarnos las ropas si te parece. Y el mendigo se vistió con las vestiduras del Príncipe mientras el Príncipe se vistió con los harapos del mendigo.

Comenzó a recorrer la ciudad diciendo que él era el Príncipe, pero

todo el mundo se rió de él y nadie le creía. Y hasta lo tomaron por loco. (Jesucristo Rey del Universo (C))

Nadie le daba nada mientras mendigaba. Y debió trabajar por un mísero salario. Mientras tanto, el mendigo vestido de Príncipe vivía la gran vida en el palacio. El príncipe mendigo debió de ir a la guerra. Y un día le dice al General que la batalla estaba mal planificada, que su padre lo hubiera hecho de otra manera. ¿Y quién eres tú para darme lecciones a mí?

Murió el Rey y el Príncipe mendigo le sucedió en el trono. Lleno de resentimiento por la miseria que había vivido, oprimía al pueblo ansioso de sus riquezas. Mientras tanto el verdadero Príncipe, tras las rejas de palacio esperaba a que alguien le diese una limosna. En esto aparece un guardia y descubre unas señales en el cuello del Príncipe mendigo y lo reconoció. Y descubrieron que el verdadero mendigo era el falso rey, mientras que el verdadero Príncipe hacía de mendigo.

Destituyeron al falso rey y comenzó a reinar el verdadero. Pero en ningún momento quiso vengarse del usurpador. Y cuando todos alababan el arte de gobernar de su rey y su generosidad él respondía: “Es gracias a haber vivido y sufrido con mi pueblo por lo que hoy puedo ser un buen rey”.

Este es el cuento. ¿Y lo de Jesús?

¿A caso Jesús no comenzó también revistiéndose de nuestra condición humana, por la encarnación? Se rebajó a sí mismo. Se hizo uno de nosotros.

Y caminaba por nuestros caminos diciendo que su Padre era Dios, que él era Dios. Pero la gente al verlo vestido de lo humano y despojado de lo divino, no le querían creer. Y se reían de él. “Vino a los suyos y los suyos no le recibieron”.

Y mientras tanto los hombres se creían superiores a El. Y no pararon hasta que lo destronaron: lo hicieron rey de burlas, lo juzgaron de impostor y lo condenaron a muerte crucificándole.

Pero El, en ningún momento tomó venganza de los que lo condenaron. Al contrario, colgado de la Cruz murió perdonando: *“Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”*. Y a un ladrón que moría a su lado y lo reconoció, le prometió el paraíso ese mismo día. *“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”*.

Pero algunos comenzaron a creer en El. El era distinto. Su reinado era diferente a todos los reinados que conocían. Y le preguntaban cómo se dejaba maltratar y matar. Y Jesús siempre respondía lo mismo: *“Porque mi reino es un reinado de amor”*. *“Porque desde que soy un hombre entre los hombres he aprendido a conocer mejor el corazón del hombre y hasta me he enamorado más de cada uno”*.

Yo no domino con las armas. Yo domino con el corazón.

Yo no oprimo a los de abajo. Yo levanto a los que están caídos.

Yo no me aprovecho de los demás. Yo doy mi vida por todos.

Yo no abandono a los que me abandonan. Voy a buscarlos y los cargo sobre mis hombros.

Yo no condeno a nadie. Yo quiero salvar a todos.

Yo no enseño el arte de la guerra. Yo enseño los caminos de la paz.

Yo no mato a nadie. Yo doy la vida verdadera.

No me gustan los tronos reales ni los palacios ni los cetros.

Prefiero seguir siendo el Rey mendigo que toco a la puerta de los corazones.

Sigo siendo el Rey mendigo que me transformo en esos hombres que viven en las cárceles.

Sigo siendo el Rey mendigo que pido limosna a través de tantos hermanos míos que tienden la mano por las calles porque tienen hambre. *“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos”*.

Sigo siendo el Rey mendigo que me identifico con los que tienen sed, están enfermos, están abandonados.

“Estuve en la cárcel y me visitasteis. Tuve sed y me disteis de beber. Estuve enfermo y vinisteis a verme. Estuve desnudos y me vestisteis. Tuve hambre y me disteis de comer”.

Y mi única Constitución Política no tiene más que dos leyes: *“Amar a Dios y amar al prójimo”*. Este es mi único mandato.

Después de mi experiencia de que “siendo rico me hice pobre” por todos, ahora comprendo mejor al hombre y lo que cada uno de ustedes sufre. Y lo único que pretendo es que todos ustedes se sientan mis hermanos y hermanos unos de otros.

Ahora os entiendo mejor cuando alguien os oprime.

Ahora os entiendo mejor cuando alguien os maltrata.

Ahora os entiendo mejor cuando alguien no reconoce vuestra dignidad humana.

Ahora os entiendo mejor cuando una mala justicia os condena aunque seáis inocentes.

Ahora os entiendo mejor cuando alguien no cree en vosotros.

Haber pasado por vuestra propia experiencia de pobreza, de marginación, de injusticia y de falta de consideración, me hace comprenderos mejor y hasta me siento feliz de identificarme con cada uno de vosotros.

(B)

El filósofo alemán Nietzsche escribió: «Al oír los domingos el repicar de las campanas preguntamos: ¿pero es posible? ¡Todo esto por un judío crucificado hace cerca de dos mil años, que afirmó ser Hijo de Dios!».

Pues sí, es posible; y no sólo posible. Es una realidad. Es que repican las campanas todos los domingos desde hace casi dos mil años porque ese judío crucificado ha resucitado y su resurrección es la garantía de que la vida triunfa sobre la muerte

Nosotros a los famosos los convertimos en ídolos, en dioses; sea un deportista, sea un artista de cine, un cantante o un líder político. En las gradas del Nou Camp vi esta pancarta referente a un jugador del Barça: «Ronaldinho es dios». Y hay muchos

jóvenes que empapan sus habitaciones con imágenes de estos dioses, pero estos no nos llevan a ninguna parte.

Es verdad que estos dioses a veces nos dan ilusiones, pero otras veces nos dan grandes desengaños. Además, dentro de unos años, prácticamente nadie hablará de ellos. En la antigüedad, también en Roma a los emperadores les llamaban dioses; sin embargo hoy se habla más de Roma porque allí está el Papa, sucesor de san Pedro, un sencillo pescador, que por sus emperadores.

Cristo es el verdadero Dios que no pasa. Es el de ayer, el de hoy y el de mañana. Está siempre al orden del día. Es el personaje más importante en toda la historia de la humanidad. Es el único capaz de llenar de veras los deseos más profundos de nuestro corazón. Es el hombre ideal, el hombre perfecto a quien debemos imitar. La bondad de una persona atrae siempre. Y Cristo pasó por el mundo haciendo el bien.;,.Tenía preferencia por los pobres, los niños, los enfermos, los tristes y los pecadores. Por Él las gentes se olvidaban hasta de comer y de dormir.

Nada ni nadie pudo impedirle amar a los hombres, incluso a sus enemigos. Por eso en la cruz, clavado de pies y manos, pedía perdón para sus verdugos y los disculpaba.

Siempre es de admirar el que, naciendo de una familia humilde, llega honradamente a los más altos puestos. En Colombia Marco Fidel Suárez, hijo de una lavandera, llegó por sus propios esfuerzos, a ser presidente. Lincoln, un leñador, fue presidente de los Estados Unidos.

Pues bien, Jesús nació de una familia humilde, muy pobre, tan pobre que se vio obligado a nacer en un pesebre, en una cueva, pero hoy, veinte siglos después, en aquella cueva se lee: «Aquí nació de la Virgen María Jesucristo...». Y a esa cueva van peregrinos de todas las partes del mundo.

El cumpleaños de Cristo se celebra cada año con solemnidad en el mundo entero, hasta por los no creyentes. Y el día de su muerte sigue siendo de luto para la Humanidad, como el día de su Resurrección es celebrado por miles de millones de cristianos.

De nadie se ha hablado tanto y se han escrito tantos libros como de Jesús. No es extraño, pues, que la historia de la Humanidad se divida en dos partes: antes de Cristo y después de Cristo.

Un día Pilato le preguntó a Jesús si era el Rey de los judíos. Jesús le contestó que su reino no era de este mundo. Es como si le dijera que Él no era rey como los de este mundo. Él había venido a inaugurar el reino de la verdad, de la justicia y del amor, un reino donde la muerte sería vencida.

Sobre su cruz, como por burla, escribieron este letrero: “Este es el Rey de los judíos”. Y como por burla, sobre su cabeza, tejieron una corona de espinas. Pero sus enemigos no pudieron con Él. Jesús no es un muerto. Está vivo para siempre.

(C)

Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey.

El último domingo del año litúrgico celebramos la fiesta de Jesús como Rey del universo. Durante el año litúrgico vamos siguiendo en nuestras celebraciones la vida de Jesús. Lo último es que está sentado a la derecha del Padre para juzgar a vivos y muertos y que su reino no tendrá fin. Los primeros cristianos pronto empezaron a imaginarse a Jesús glorioso en el cielo, sentado en un trono, a la derecha de Dios, como rey del universo. Así lo escribía san Pablo a los primeros cristianos. Pues esto es lo que celebramos en esta fiesta: que Jesús, el hijo del carpintero, el pobre que no tenía dónde reclinar su cabeza, que pasó por la vida haciendo el bien, que recorrió los pueblos de Palestina predicando el amor de Dios y que murió en una cruz, ese Jesús guardaba en su interior un misterio maravilloso y está sentado a la derecha de Dios como Rey y Señor del universo, Rey y Señor de nuestras vidas.

Sabemos que, mientras Jesús vivió nuestra vida mortal, no resultó fácil reconocerle como rey. No se parecía a los reyes de este mundo. Era demasiado pobre, demasiado sencillo, demasiado cariñoso y cercano a los más desgraciados de la vida. Incluso, para los fariseos y otros enemigos, Jesús era un embaucador, un blasfemo o un endemoniado. Y en el momento supremo de la cruz, cuando Jesús agonizaba, había un letrero que recordaba a todos que allí estaba el Rey de los judíos. Pero ese letrero estaba puesto para burlarse de Jesús. El evangelio dice que las autoridades que presenciaban la ejecución le hacían muecas, los soldados se burlaban de él y uno de los malhechores lo insultaba.

Poca gente pudo reconocer en aquellos momentos que en aquel hombre que agonizaba en una cruz estaba el Rey del universo. Pero también sabemos por el evangelio que Jesús fue profundamente admirado por sus amigos que le trataron de cerca. A veces, a los cristianos que tuvieron la suerte de estar con él parece que les faltan palabras cuando quieren hablar de Jesús. Con frecuencia queda reflejado en el evangelio que lo que decía Jesús y lo que hacía provocaba no sólo admiración, sino asombro y entusiasmo entre la gente. Nunca habían visto una persona así. Durante bastante tiempo sospecharon que en esa persona sencilla y cariñosa se ocultaba algo de Dios: tenía palabras de vida eterna. Mientras Jesús anduvo por los pueblos y ciudades de Israel, a Jesús le llamaban maestro, profeta, enviado de Dios, Mesías. Después de su resurrección, todos los cristianos sólo tenían un nombre para Jesús, que pronunciaban con inmenso respeto y cariño: «el Señor». Jesús era el Señor. A nadie más llamaban Señor: ni a emperadores, ni a reyes, ni a sumos sacerdotes, ni a gentes principales. Jesús era el Señor porque tenía el señorío supremo. San Pablo dice que «él es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: todo fue creado por “él y para él”». Esta fiesta purificada de otras intenciones poco claras que tuvo en épocas pasadas, nos sirve a los cristianos ahora para proclamar al Señor como Rey de nuestras vidas. Es una ocasión hermosa para decirle que él es nuestro Señor y nuestro Rey en lo profundo del corazón. No vivimos para el dinero, ni para las comodidades, ni para servir a otros señores que nos esclavizan. Su persona, sus palabras y su forma de vivir son la norma para nuestra vida de cristianos. Porque Jesús es nuestro Señor y nuestro Rey, para él es nuestra vida entera y todo nuestro cariño.

(D)

Que Cristo es Rey es innegable; lo dijo Él mismo, y Él es la verdad.

Pero conviene recordar la escena y el momento en los que Cristo proclamó su realeza. Fue en el Pretorio, frente a Pilato. La reacción de Pilato ante la afirmación de Jesús debió de ser de

absoluta sorpresa; y se comprende. Para Pilato, ser Rey era ser como el Emperador: poderoso, omnipresente, temido; era tener a disposición hombres e instituciones, era actuar por encima de las leyes y del bien y del mal. Para Pilato (hay que recordar el momento en el que se desarrolla la escena) ser Rey era la antítesis más absoluta de lo que representaba aquel hombre que tenía ante sí: desgarrado, abandonado, abucheado, que sólo conserva una mirada insoportable y una serenidad inimaginable y una osadía increíble para contestar sin dudarle- que era Rey. Pilato debió de concluir sin más: está loco. Y es comprensible que así fuera.

Sin embargo, la confesión de Cristo era absolutamente cierta. El era Rey y había venido a instaurar un reino. Sólo que Pilato no lo comprendió y muchos de los seguidores de aquel Rey, tampoco... Muchos de nosotros hemos vivido con fervor esta fiesta, nos hemos emocionado cantando "Christus vincit" y hemos levantado en alto alguna bandera convencidos de que todo eso era lo que Cristo quería y lo que el mundo necesitaba. Que así se proclamaba a los cuatro vientos que Cristo era Rey.

Hemos asistido en tiempos pasados a consagraciones donde una nación entera quedaba consagrada a Cristo Rey y nos íbamos a casa convencidos de que aquello era un éxito. No importaba que después de la consagración solemne e igual que antes, la nación funcionase en muchos aspectos no sólo al margen de Cristo, sino en contra suya; no importa que los negocios fueran sucios y usurarios; que las autoridades abusasen de su poder, que los ricos despreciasen a los pobres y los pobres odiasen a los ricos; no importaba que en muchas familias no estuviese Cristo presente, que los profesionales no cumpliesen con sus obligaciones y que la vida, en su conjunto, transcurriese al margen del mensaje cristiano.

Ciertamente, Pilato no entendió la realeza de Jesús y muchos cristianos tampoco. Porque ¿de qué Reino es Cristo Rey? Pues sencillamente del que Él nos vino a traer a la tierra y que no tiene nada que ver con los reinos de este mundo: no es un reino de poder, de fuerza, de conquista, de imposición violenta. Es, sencillamente, un reino cuyo compendio está en el Padre Nuestro, un reino en el que se proclamará que Dios es Santo, que su voluntad debe hacerse en la tierra, un reinado en el

que el hombre se conformará con el pan de cada día para que todos puedan tenerlo, en el que serán perdonadas las deudas y en el que la tentación será vencida.

Es un reinado que empieza en la intimidad del hombre, allí donde brotan los deseos, las inquietudes y los proyectos; allí donde alimentamos los afectos y los odios, la generosidad o la cobardía. Es un reino que empieza en el corazón del hombre o de la mujer. Y esto no se consigue ni con revoluciones ni con imposiciones. Este reino sólo se logra con la conversión que supone poner por obra, aquí y ahora, lo que Jesús nos pide en el Evangelio si de verdad queremos colaborar con él en hacer que llegue el Reino de Dios.

(E)

Acuérdate de mi. Lc 23, 35-43

Estadísticas realizadas en diversos países de Europa muestran que sólo un cuarenta por ciento de las personas creen hoy en la vida eterna y que, además, para muchas de ellas esta fe ya no tiene fuerza o significado alguno en su vida diaria.

Pero lo más sorprendente en estas estadísticas es algo que también entre nosotros he podido comprobar en más de una ocasión. No son pocos los que dicen creer realmente en Dios y, al mismo tiempo, piensan que no hay nada más allá de la muerte.

Y, sin embargo, creer en la vida eterna no es una arbitrariedad de algunos cristianos, sino la consecuencia de la fe en un Dios al que sólo le preocupa la felicidad total del ser humano. Un Dios que, desde lo más profundo de su ser de Dios, busca el bien final de toda la creación.

Antes que nada, hemos de recordar que la muerte es el acontecimiento más trágico y brutal que nos espera a todos. Inútil querer olvidarlo. La muerte está ahí, cada día más cercana. Una muerte absurda y oscura que nos impide ver en qué terminarán nuestros deseos, luchas y aspiraciones. ¿Ahí se acaba todo?

¿Comienza precisamente ahí la verdadera vida?

Nadie tiene datos científicos para decir nada con seguridad.

El ateo «cree» que no hay nada después de la muerte, pero no tiene pruebas científicas para demostrarlo. El creyente «cree» que nos espera una vida eterna, pero tampoco tiene prueba científica alguna. Ante el misterio de la muerte, todos somos seres radicalmente ignorantes e impotentes.

La esperanza de los cristianos brota de la confianza total en el Dios de Jesucristo. Todo el mensaje y el contenido de la vida de Jesús, muerto violentamente por los hombres pero resucitado por Dios para la vida eterna, les lleva a esta convicción: «La muerte no tiene la última palabra. Hay un Dios empeñado en que los hombres conozcan la felicidad total por encima de todo, incluso por encima de la muerte. Podemos confiar en él.»

Ante la muerte, el creyente se siente indefenso y vulnerable como cualquier otro hombre; como se sintió, por otra parte, el mismo Jesús. Pero hay algo que, desde el fondo de su ser, le invita a fiarse de Dios más allá de la muerte y a pronunciar las mismas palabras de Jesús: «*Padre, en tus manos dejo mi vida.*» Este es el núcleo esencial de la fe cristiana: dejarse amar por Dios hasta la vida eterna; abrirse confiadamente al misterio de la muerte, esperándolo todo del amor creador de Dios.

Esta es precisamente la oración del malhechor que crucifican junto a Jesús. En el momento de morir, aquel hombre no encuentra nada mejor que confiarse enteramente a Dios y a Cristo: “*Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino*”. Y escucha esa promesa que tanto consuela al creyente: «*Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.*»

P. Juan Jáuregui Castelo